

El rincón de Les Cases d'Alcanar

Les Cases d'Alcanar son como la Provenza: perfectas porque son de una sencillez admirable. Que nadie busque grandes tiendas o instalaciones hoteleras de varios pisos

Que Les Cases estén en un extremo de nuestra geografía no es excusa para que estén olvidadas. Ellos pagan sus impuestos y tienen el mismo derecho que el vecino de Matadepera (el municipio más rico de Catalunya), porque este es un país teóricamente solidario

La humildad de Les Cases d'Alcanar forma parte de su encanto. Podría ser —si estuviera en la Costa Brava— uno de los lugares poetizados por J.V. Foix o descritos como lo fue Blanes por el 'senyor' Ruyra. Pero el hecho de ser la última localidad de Catalunya antes de adentrarse en tierras valencianas parece que ha generado una especie de olvido. Ignoro si este olvido ha evitado una especulación urbanística devastadora.

Hace unas horas, este lugar ha sido castigado y fustigado sin merecerlo. A los habitantes de este rincón que no llega a ser siquiera un municipio todos les enviamos nuestro abrazo y la promesa de visitarlos en cuanto hayan recuperado cierta normalidad. El buen pescado que ofrecen en sus restaurantes no es superado por ningún otro lugar del litoral catalán.

Les Cases d'Alcanar son como la Provenza: perfectas porque son de una sencillez admirable. Que nadie busque grandes tiendas o instalaciones hoteleras de varios pisos, porque el lugar es recatado, de vecindario en donde todos se conocen y con un pequeño puerto a donde llegan las barcas de pesca al alba y uno puede comprar a las mujeres de los pescadores el llamado 'peix pel gasto', que es el que quedó entre las mallas y la autoridad concede que se lo queden las familias sin pasar por la lonja. Una vez compré allí a la Maria unos lenguados con la advertencia de que no los cocinara a mediodía porque se retorcerían por excesivamente frescos.

Bajar al asomar el sol a Les Cases desde Villa Carmen, la antigua residencia de unos mar-



queses, era un ritual para mí con la excusa de comprar pescado enmallado. Gozaba más viendo la escena de aquellas mujeres junto a un cubo de agua de mar y lo que sacaban 'pel gasto' que del desayuno que me esperaba a la fresca de sus densos plátanos. El silencio era la sal de la vida de aquel lugar.

Ahora, Les Cases d'Alcanar han sufrido un zarpazo. No es admisible acudir a la piadosa respuesta de que el clima mediterráneo tiene esas cosas, pues debiera responderse que «esas cosas» son previsibles y que ya no vivimos en penuria como para no ponerles solución. Que Les Cases estén en un extremo de nuestra geografía no es excusa para que estén olvidadas. Ellos pagan sus impuestos y tienen el mismo derecho que el vecino de Matadepera (el municipio más rico de Catalunya), porque este es un país teóricamente solidario y todos reciben por igual, según sus necesidades. No podemos permitir que se acuda a los clisés de «pueblo sufrido» o «es-

forzado» para definir a las gentes de Les Cases d'Alcanar, porque los esfuerzos están muy bien si tienen su compensación.

Por otra parte, me ha parecido muy bien que el president Aragonés no haya acudido al lugar a estrechar manos, hacer promesas y marcharse para ocuparse de otros asuntos, sino que se fue al CECAT —centro coordinador de las emergencia— para reunirse con los cuerpos operativos —bomberos, sanitarios, mossos, etcétera— para tomar medidas efectivas que ayudaran al máximo a recuperar la normalidad. Ahora, para ser consecuente, Aragonés deberá reunirse con el alcalde y los afectados y destinar una partida económica que cubra los gastos de recuperación de la normalidad. Les Cases no necesitan promesas, sino soluciones rápidas y efectivas. Es de justicia y la estética territorial de Catalunya y el amor que todos tenemos a todos sus rincones necesitan que este lugar no pierda cuanto le hace genuino, único.



J. MOYA-ANGELER
Periodista